

lágrimas. Y es que somos cursis, irremediablemente cursis. No nos tomamos en serio la tristeza. No podemos verla de frente porque la amargura nos derrota. Los pueblos más alegres suelen ser los más cursis. El sentimentalismo nos arrulla largamente. Por eso preferimos desviar la tristeza en canciones, imágenes televisivas, y así no tener que lidiar con ella: somos hiperestésicos, emocionales hasta el candor, y el amor o lo que pensamos que es el amor, lo es todo para nosotros.

Caracas es una ciudad sentimental, impulsiva, impresionable. No se trata de la geografía romántica que os vende Venecia o las Islas Mauricio. No es la postal donde dos manos se entrelazan sobre un fondo de calles remozadas, ni el paisaje de la pasión urbana que Robert Doisnue ha imantado en nuestras pupilas. Caracas es sentimental porque no logra controlarse y está abandonada al juego caprichoso de sus propias contradicciones. Caribeña pero a mil metros de altura; moderna y pueblerina; frenética y a la vez lenta en una combinación que desquicia; seductora y ríspida. Como una amante perpleja y también desesperada, deja de ser ella misma para ser siempre otra, todavía más atractiva, más encantadora, y en ese tránsito seductor se desvanece y se convierte en algo extraño, incluso para sí misma.

Al estar metida en el corsé de un valle estrecho, se inquieta y se incomoda. Siempre sueña con escapar. Quiere crecer todavía más pero los médicos lo desaconsejan, le dicen: «Ya estás grande. Ya creciste suficiente», pero ella no escucha y levanta altas torres y se eleva por los cerros con calles y autopistas, y recibe a la gente de provincia que cae en las garras de su seducción ominosa. Y es que hay espacio para todo, y para todos. Quien quiera vender calcetines panameños o libros piratas o cachuchas con la banderita de Venezuela tiene derecho a un espacio en la calle y a un pregón.

También las vacas, las lechugas, las gallinas, tienen derecho a casa y comida, pues Caracas será una ciudad agropecuaria y para resolver la escasez de alimentos hoy se colocan en los techos de los hogares granjitas avícolas. Frente al Hotel Caracas Hilton se cosechan las primeras lechugas que lograron sobrevivir al *smog* de los autobuses de la alcaldía. La sociedad de ganaderos prometió donar vacas para construir potreros en lugares todavía más adecuados de la ciudad. Va a ser fantástico ver las techumbres coronadas de pollos y gallinas, como si de pronto le salieran alas a la ciudad para salir volando lejos, hacia ese lugar ignorado con que sueña, esa ficción que no alcanza, una especie de Eldorado caraqueño, su propia y deseada ciudad invisible, quizás más al sur, todavía más al sur, donde comienzan las selvas.

Cae la noche tropical. Las guacharacas duermen en los árboles –lo presiento–. Llevo un mes en esta ciudad y no sé si reconocerla o desconocerla. Son muchos años sin venir. Y los años confunden. Quise hablar de mi reencuentro, nombrar las cosas nuevas, pero me salió este bolero ambiguo, un intento de canción vaga y sentimental. Mañana las guacharacas me despertarán y cantarán con sus voces roncadas. El sol se meterá por las ventanas de la sala y comenzará a calentar el ambiente. Me levantaré de la cama, me asomaré por el balcón y veré el Ávila moteado de nubes. Me daré una ducha, me perfumaré para la cita. Beberé un café veloz y me iré al centro. Deséenme suerte.



Imperio Argentina (Buenos Aires, 1972)